

### Nota del autor

Como material de consulta en lo estrictamente mitológico, nos hemos servido principalmente de las obras *La mitología nella vita dei popoli* (tomos I y II, Hoepli, Milán 1954), de Giacomo Prampolini, y la *Historia de las religiones* (3 vols., Gustavo Gili, Barcelona 1947), de Pedro Tacchi Venturi, aparte de los datos facilitados por algunos museos de Europa y por el Dr. Antonio Cardoner Planas, quien, además, nos ha prestado valiosa colaboración en la selección de temas y grabados.

### I. Introducción

En el concepto actual, la mitología no es el reino de la fábula, sino el mundo de las expresiones indirectas, transfiguradas por la poesía y valederas en virtud de las leyes que rigen el simbolismo del pensamiento. Uno de los temas de gran interés que ofrece ese riquísimo campo de experiencias humanas es el relacionado con la mirada, con los ojos; mejor, con el ojo, en singular. La rara perfección de ese órgano, su limpidez y belleza, la variedad de las coloraciones del iris; las gamas de matices expresivos, la comunicación realizada constantemente entre los humanos, en su doble aspecto de seres terrenos, con precisiones materiales, y de espíritus «caídos», según el mito platónico, hubieron de llamar poderosamente la atención desde los tiempos más remotos. Cuando el pensamiento mítico, como precursor de la ideación lógica y ordenador primario de las grandes intuiciones humanas sobre el misterio del universo y de la conciencia, comenzó a sistematizar en personajes, leyendas y avatares el profundo complejo de posibilidades de intelección, los órganos del hombre aparecieron como portadores de esa maravilla que es la vida y el milagro de esta fue venerado en tales órganos, en particular en aquellos que aparecían como la aristocracia de la fisiología: las manos, la boca, los ojos.

Las nociones abstractas de poder, fuerza, claridad, luminosidad, se adscribían cerradamente al depósito viviente del que surgían por emanación y, en el len-

guaje, el órgano y su función eran una sola y misma cosa. En las páginas siguientes vamos a considerar los aspectos más relevantes de esta utilización del ojo por la ideación mágica, teniendo en cuenta las narraciones mitológicas, lo que la historia de las religiones ha revelado sobre las correspondientes creencias y la iconografía producida paralelamente. Obvio es decir que en este opúsculo no cabe una explicación exhaustiva del tema, sino solamente el establecimiento de los hitos fundamentales, los cuales bastan para llegar al núcleo de la cuestión, es decir, la discriminación de la idea básica que se transparenta tras procesos al parecer inconexos y lejanos entre sí en el espacio y en el tiempo.

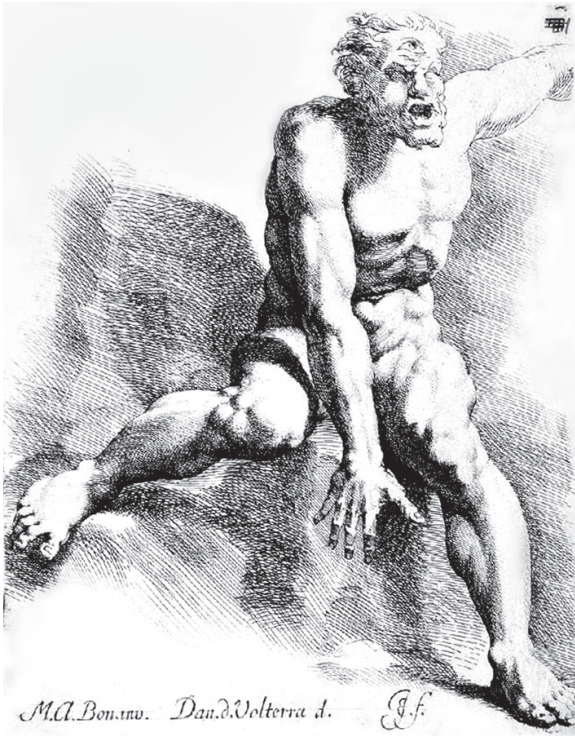
Otra delimitación del asunto radica en el hecho de que no se va a estudiar el problema psicológico de los ojos, en su realización mítica pero normal, esto es, en la mirada –aun cargada de humano magnetismo y de poder de persuasión– cual la pintara un Dante Gabriel Rossetti en sus lánguidas doncellas prerrafaelitas, o la glosara Richard Wagner en una de sus prosas. El tema se circunscribe a las apariciones irracionales del ojo en la mitología, a la manera inusitada, irreal, irrealizante, con que se manifiesta en determinados grupos de leyendas o en tales o cuales efigies. La irracionalización consiste en modificar de hecho y esencialmente las circunstancias en que el ojo se presenta. Incluso prescindiendo de doctrinas simbolistas, claramente se comprende que, en los mitos e imágenes sacras cargadas de la voluntad de expresar mundos y seres del más allá, poderes distintos del meramente humano, se tendiera a esa modificación substancial, sin la cual la efigie o la historia en nada se distinguirían de un mero acaecer terreno.

Tres son los modos en que se verifica la transmutación aludida: *desplazamiento*, *disminución*, *aumentación*. En el primer caso, la efigie presenta uno o varios ojos en lugares distintos del normal anatómicamente. En el segundo, los ojos se reducen a uno.



Ojos heterotópicos en una imagen de Pan.  
En *Wunder, Wundergeburt und Wundergestalt*,  
de Eugen Holländer.

En el tercero, se incrementan en cifras que van desde el simple impar tres a otras que teóricamente de- sean expresar el millar, aunque en la realidad es- cultórica o pictórica se queden en cuarenta o cin- cuenta, que es cifra más que regular. La idea que llamaríamos ingenua, en esa aumentación, y que le sirve de base –aun cuando no agota la hondura del sentido– es la que podría establecerse por la siguiente ecuación: a más aumento de órganos, mayor incre-



*Polifemo.*

Dibujo de Daniele de Volterra, según escultura de Miguel Ángel. Aguafuerte de J. Bisschop.

mento de fuerza inherente a los mismos. Efigies dotadas de múltiples miembros son frecuentes en todas las mitologías; bastará que recordemos la helénica Diana de Éfeso, con multitud de senos.

A través del proceso anteriormente descrito se verifica otro que no le cede en importancia, y es la *independización* del órgano, con lo cual abandona definitivamente su valor literal y fisiológico para convertirse en símbolo. En tal misión es utilizada su imagen en diversas ocasiones; los talismanes y amu-

letos se basan, a veces, en ese desplazamiento y libertad de un órgano –o de su equivalente en efigie. Las galeras griegas llevaban ojos a ambos lados del espolón para garantizarse la protección contra los poderes nefastos. A los ojos desplazados se les da el nombre de *heterotópicos*; a los utilizados como defensa se les llama *apotropeos*.

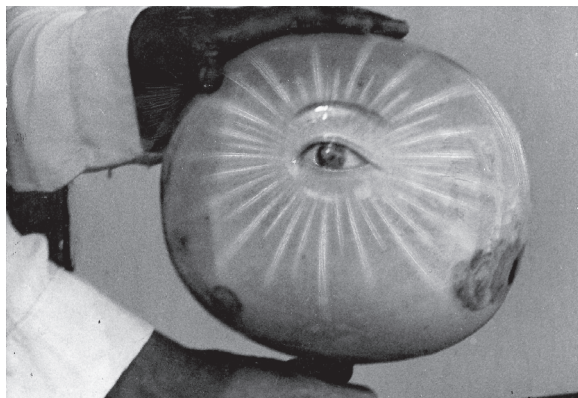
Las manos son otro miembro empleado con enorme profusión en los amuletos; recordemos la musulmana mano de Fatma, que incrementa su valor por el simbolismo del número cinco. Pero si manos y brazos aparecen como los ejecutantes naturales del poder material del hombre, de su fuerza y aptitud para utilizar instrumentos, para modificar aspectos del mundo y construirse una mansión, o para destruir lo adversario, los ojos surgen ante la contemplación desinteresada como la imagen más pura del poder espiritual, de la irradiación de esa facultad superior que, tomada bajo cualquiera de sus conceptos filosóficos, sea como sentido religioso o al margen de él, brilla siempre como algo que está en los extramuros del universo físico. Evidentemente el sentimiento religioso, tan intenso en la aurora de la humanidad, aun con los errores y monstruosidades que ello acarreaba, no hacía sino aumentar la veneración hacia la fuerza por antonomasia, bien en su forma lírica de amor, de persuasión convincente y serena o apasionada, o bajo la modalidad del imperio, la amenaza y el rigor. La mirada placentera y la airada eran el dominio del ojo y este, por consiguiente, el asiento del poder más profundo y característicamente humano.

A la identificación de órganos y potencias, a que antes hicimos alusión, se agrega en la «edad de Helios» la coordinación, hasta el extremo de obtener una real unificación de sentido, de aquellas realidades y procesos que se dan en forma analógica. La analogía preside, pues, la organización del concepto mítico del universo; así, el león persiguiendo al rebaño de gacelas por la calcinada llanura del desierto

procede igual que el sol, al amanecer, obligando a huir a las estrellas. En otras ocasiones, la forma basta para que la analogía se imponga; los cuernos del toro se parecen a los de la luna en sus cuartos creciente y menguante. Es innecesario añadir que estas ideas actuaban en la mente mítica con un automatismo y una eficacia equivalentes a las convicciones racionales y científicas para la humanidad ulterior. Una de las más grandiosas y místicas identificaciones fue la que aprendemos en la mitología fenicia, aun cuando es muy posible que este pueblo la tomara de más antigua tradición, y es la que hace una sola cosa del intelecto y la luz.

Se comprende la importancia del ojo como centro de convergencia de las fuerzas de luminosidad exterior y física y de la luminosidad interior o espiritual. Siendo el sol la fuente patente de luz externa que baña las cosas del mundo, se deriva de ellos una segunda identificación: sol-ojo, reforzada por la proximidad de las formas de ambos seres. Fácil será admitir que, en la época de creación de los grandes mitos del culto solar, la mirada y el ojo tuvieran un marcado valor simbólico y alegórico. En esta acepción emparentada con el sol, o en la más general que considera el ojo como recipiente de vida espiritual y receptor de energía y felicidad, encontramos distintos mitos en todo el continente creador de las religiones y en sus proyecciones inmediatas hacia Occidente. Desde la perdida Sumeria y Egipto, que comenzaron su ciclo histórico antes del tercer milenio a. C., hasta Extremo Oriente por un lado y Grecia por otro, podríamos rastrear infinidad de hechos míticos relacionados con cuanto se acaba de exponer. Y luego viene la continuación de esta primavera legendaria, en su trasplante a las religiones monoteístas. La iconografía cristiana utiliza abundantemente el simbolismo del ojo. Las fuerzas oscuras que quedaron reprimidas desde el triunfo del lábaro y el Edicto de Milán, que obtuvieron carta de equiparación con la doctrina gnós-

tica y máximo predicamento en los siglos de la magia, la herejía, el satanismo y los autos de fe, también, como veremos, acudieron a este poderoso medio de expresión plástica y gráfica. Finalmente, las tendencias culteranas de la poesía y del arte, en el barroco, en el romanticismo y en nuestros días, también han advertido la intensidad dinámica de la imagen del ojo y, aunque al margen de lo ortodoxo religioso, han concedido a su simbolismo todo el interés que requiere.



El ojo del caodaísmo.

La corriente subterránea que nutre, une y vivifica estas distintas manifestaciones de un mismo hecho es el alentar del alma mítica bajo las diversas capas culturales y las imposiciones de los distintos tipos de sociedad. Por esta razón, en el arte popular, las supersticiones y el folklore de los pueblos encontraremos materia para complementar estas notas sobre la función simbólica del ojo en la mitología, en las religiones orientales y en la iconografía cristiana, de cuyo campo nos hemos permitido pasar sumariamente a los dominios que entran

en contacto con lo que se ha denominado acertadamente «nuestra era irracional», pues, como Jules Monnerot demuestra en su libro *La poésie moderne et le sacré* (1945), el valor de ciertas posiciones místicas del espíritu es indestructible e irremplazable; la planificación y mecanización de la existencia solo pueden exacerbar esas raíces pero no agostarlas en su virginal fervor.

## II. El ojo fascinador

Al contemplar las pausadas series de jeroglíficos que componen la cultura egipcia, milagro de perseverancia, soledad y serena fuerza, alimentándose de sí misma durante más de tres mil años, muchas son las imágenes que se imponen a nuestra atención y la excitan con la nítida percepción de su diseño o con la elocuencia de su descripción objetiva. Vemos tazas, águilas, plumas, setos de papiros, manos extendidas, piernas en gesto de caminar y pequeñas figuras completas; las «determinantes», que aparecen tras los nombres propios. El buitre, el círculo, la serpiente que avanza reptando, ornada de pequeños cuernos, también nos interesan. Pero sobremanera bellos son los grandes ojos aislados, con una airosa curva inferior que los resigue y la línea de la ceja enmarcándolos por la parte superior. Estos ojos llaman la atención mayormente a causa de su exacto parecido con los que aparecen en los rostros de las figuras presentadas de perfil, en pinturas y relieves. Los egipcios dibujaban el ojo de frente, con marcada estilización, aun cuando la figura estuviera de perfil.

Esto constituía ya en esencia una glorificación del ojo; les parecía que reducirlo al esquema lateral era atentar contra su poderío. El ojo estaba siempre en relación con la mirada de los dioses protectores del país. Ra, Amón, Horus, Osiris eran dioses solares, dioses del ojo divino y fascinador. La contienda de la luz y las tinieblas, míticamente expresada en la